

Villa y Zapata: sus estereotipos en la literatura

JOSÉ G. MORENO DE ALBA

Desde hace más de cuatro años, no sólo en México, sino en todo el mundo, se viene oyendo hablar del Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Mucho menos conocido que el anterior, hay otro movimiento, cuyo principal radio de acción es el Distrito Federal, que pretende obtener beneficios para las capas más desprotegidas de la sociedad urbana, y que se hace llamar Frente Revolucionario Francisco Villa. Nótese que en las denominaciones que a sí mismos se han dado estos grupos rebeldes aparecen, respectivamente, los nombres de dos caudillos de la Revolución mexicana, a los que estarán dedicadas estas líneas: Emiliano Zapata y Francisco Villa. No hay o, al menos, no son conocidos por la totalidad de los mexicanos, otros levantamientos en los que se enarbolan banderas revolucionarias y que se designen con nombres de otros caudillos del movimiento que transformó nuestro país en las primeras décadas de este feneciente siglo xx.

Cualquiera que se asome a la historia oficial —por llamarla de alguna manera— de la Revolución mexicana, al momento se percatará de que en ella ocupan lugar destacadísimo varios personajes (Madero, Carranza, Obregón...), cuyos nombres y, lo más importante, cuyas gestas más o menos heroicas, cuyas colaboraciones para un México más justo, para un país más organizado, etcétera, no han inspirado a los modernos movimientos de liberación. Los rebeldes mexicanos contemporáneos no se identifican con esos caudillos oficiales, sino con otros, como Zapata y Villa que, en el santoral político, ocupan posiciones o menos importantes o, al menos, más discutibles.

No quiero decir, que quede claro, que estos dos personajes estén totalmente fuera de la nómina oficial de héroes

nacionales. Siempre se ha reconocido en Zapata, mucho más que en Villa, un elemento importantísimo en la historia reciente de México, especialmente en lo que se refiere al agrarismo, al combate al latifundismo, al fomento del ejido.

En las líneas que siguen se intenta describir sucintamente los que podrían denominarse los estereotipos —“imagen o idea casi inmutable”, dice el diccionario— que de ellos formaron algunos textos literarios —narrativos, líricos y, también, ensayísticos— referentes a la Revolución y, cuando sea posible, comparar estas apreciaciones, no pocas veces encomiásticas y casi siempre tolerantes y justificatorias, con algunas otras, críticamente objetivas, vertidas por algunos biógrafos e historiadores.

Su carácter belicoso y sus poco elegantes formas de relacionarse con los políticos hacen de Zapata y Villa personajes no siempre gratos para muchos de los que, hasta ahora, siguen ostentando el poder, en otras palabras para los triunfadores (y sus herederos) que se encargaron de escribir o inventar una historia oficial que, lamentablemente, para muchos tiene aún vigencia. Por lo contrario, explicablemente, esas mismas condiciones los convierten en los caudillos más genuinamente populares de la Revolución mexicana, dentro y fuera de México.

Son los líderes revolucionarios que, con mayor frecuencia, aparecen en la literatura mexicana referente a ese movimiento que, desde muy temprano —Azuela escribe su novela *Andrés Pérez, maderista* en 1911, cuando ni siquiera había asumido Madero la presidencia (lo que acontece en noviembre de ese año), y *Los de abajo* en 1914, apenas tres años después del primer estallido de la guerra—

hasta nuestros días, se ha venido escribiendo y publicando. Es asimismo probable que los mejores corridos de la Revolución¹ sean los que sabrosamente cuentan sus anécdotas heroicas. Son también numerosas las películas que se han filmado, dentro y fuera de México, que tienen como protagonistas a Villa y Zapata, a veces interpretados por famosos artistas. ¿Quién no recuerda a Pedro Armendáriz en el papel de Francisco Villa y a Marlon Brando en el de Emiliano Zapata? Eisenstein, Conway y Kazan, famosos directores, también fijaron su atención en estos legendarios personajes. Tengo noticias de que un director mexicano, que goza de cierto prestigio, Alfonso Arau, está por estos días filmando una nueva película sobre Zapata. Por lo contrario, los demás caudillos, ciertamente figuras centrales e indispensables en cualquier tratado histórico, raras veces han inspirado relatos literarios, aunque las hazañas de algunos de ellos, principalmente de Madero y Carranza, son cantadas en algunos hermosos corridos de la Revolución. Es notable que no haya —por lo menos yo no conozco ninguna— novelas o relatos novelados sobre Madero u Obregón y que alguna que se ha escrito en relación con Venustiano Carranza —*El rey viejo* (1959) de Fernando Benítez, por ejemplo, inspirada en la crónica *México-Tlaxcalantongo: mayo de 1920* (1932) de Francisco Urquiza— más parezca historia novelada que novela histórica. En definitiva no parece aventurado decir que, si no tanto Zapata, al menos Villa ha sido mucho mejor tratado por la literatura que por la historia. Aun así, los mejores libros académicos sobre Zapata, como los de John Womack, sea por caso —*Emiliano Zapata y la Revolución en Morelos* (1965) y *Emiliano Zapata y la Revolución mexicana* (1969)—, no son exactamente biográficos o, si se quiere, no son los pasajes de su biografía los que más le interesan al autor; y los excelentes textos de Martín Luis Guzmán sobre el caudillo del norte —en *El águila y la serpiente* y, sobre todo, en las *Memorias de Pancho Villa*— están más próximos a la apasionada narración novelesca que al casi siempre frío rigor del testimonio histórico.

Lo que parece indudable, en todo caso, es que la biografía y, sobre todo, el carácter de Villa y de Zapata los han conducido a ser personajes literarios e incluso legendarios, mejor que históricos. Son muchos sus rasgos estereotípicos y muy numerosos los textos que los han venido fijando, desde la segunda década de este siglo hasta nuestros

días. Elemento esencial en el estereotipo —de Villa sobre todo, pero también de Zapata— es el carácter verdaderamente controvertido de su biografía: sus innumerables hazañas no pueden verse desapasionadamente, son casi todas ellas o heroicas o salvajes, son siempre o severamente criticadas o ensalzadas con encomios. Los que podrían llamarse rasgos *negativos* del estereotipo están prácticamente ausentes —o muy disminuidos frente a los *positivos*— en algunos textos literarios, en los buenos y en los malos textos pues, como es de esperarse, de todo hay. Son empero destacados en la mayor parte de los ensayos históricos. En ocasiones lo que sucede es que el narrador, el panegirista o el poeta convierten un aparente vicio, limitación o error en una verdadera virtud. En otras palabras, la narrativa corrige, en muchos casos, a la historia oficial.

Véase, primeramente, cómo una evidente limitación, en ambos personajes —me refiero a su incultura manifiesta, a su falta de educación escolar—, puede presentarse como tal, es decir como un defecto —empleo esta voz con su valor etimológico de ‘falta, carencia de’— en muchos pasajes de los tratados históricos, sobre todo en los de carácter documental y, contrariamente, eso mismo se ve en los textos reivindicadores si no precisamente como una virtud, cosa casi imposible, sí como una carencia de la que, por una parte, ni Villa ni Zapata son culpables y, por otra, como ambos llevaron a cabo portentosos actos revolucionarios, estos hechos aumentan de valor, se magnifican, son si se quiere hechos aun más heroicos, más admirables, si se considera que fueron ejecutados por hombres rudos, sin los refinamientos que proporciona la educación y la cultura. Añádase, además, que, en estos estereotipos, esa carencia de educación se ve ampliamente superada, en Villa y en Zapata, por la presencia, ésa sí evidente para el escritor, de otras importantes virtudes más *naturales*, menos artificiales, más características, más de su naturaleza misma. Esas virtudes, que compensan con creces su falta de educación formal y sistemática, son esencialmente, la inteligencia natural y la intuición genial, propias de seres humanos destinados a la grandeza. Comienzo con algunas citas sobre Zapata.² El tremendo juicio de José Vasconcelos es contundente: “Zapata era un ebrio y bruto como una tapia. Todo lo resolvía matando y emborrachándose. Por muy buenas que fueran sus intenciones, ¿qué puede esperarse de allí donde no hay conciencia?” (p. 14). Del testimonio

¹ Cfr. Armando de María y Campos, *La Revolución mexicana a través de los corridos populares*, t. I, México, 1962.

² En su mayoría extraídas del libro de Alfonso Taracena, *Zapata, fantasía y realidad*, México, 1974.



del socialista Juan Sarabia, tomo la siguiente opinión sobre el mismo personaje, a quien por cierto conoció muy bien: “hombre completamente rudo, y a quien domina fácilmente el que sepa halagar sus pasiones” (p. 48). Finalmente, sobre este asunto, el mismo Sarabia, en otra parte de su testimonio, dice que Emiliano Zapata era un “hombre absolutamente inculto, incapaz de dominar sus pasiones” (p. 59). De estas opiniones destaco por lo pronto sólo los calificativos siguientes: *bruto*, *inconsciente*, *rudo* e *inculto*.

Helena Beristáin escribió un libro en el que explica la relación entre los mejores textos de la narrativa mexicana y el movimiento revolucionario.³ En su opinión, en la mayor parte de las novelas y relatos que tienen ese sujeto, cuando tratan la figura de Zapata, éste es visto como “campesino ignorante, pero ... probo y consciente ... Su figura es gigantesca ... dadas su extracción campesina y su incultura” (pp. 41 y 42). La misma autora nos explica cuál opinión tenía de Zapata el novelista Gregorio López y Fuentes: “Surgió entonces la figura del caudillo más avisado y sagaz que dieron de sí las masas: Emiliano Zapata,

en quien la pura intuición llega casi a sustituir al conocimiento científico” (p. 109). Como se ve, la misma persona que para unos era un *bruto*, *inconsciente*, *rudo* e *inculto*, para otros es nada menos que *probo*, *consciente*, *avisado* y *sagaz*. En otros pasajes, la rudeza y falta de educación se toma en ingenuidad, y ésta es vista, sin duda alguna, si no como virtud plausible, sí como fabulosa excusa para sus torpezas. Nos dice Beristáin, glosando a los más notables novelistas de la Revolución, que “su incultura [de Villa y Zapata] no les permitió advertir que ellos podían crear una legalidad nueva” (p. 47). Aún más elocuente en este sentido es la opinión de Martín Luis Guzmán, el mejor prosista de los narradores revolucionarios, a propósito de Villa: “era éste un revolucionario ingenuo, cuyos actos anarquizantes estaban (por ello) condenados a fracasar” (p. 86). Sus derrotas militares y políticas se debieron, entonces, según el estereotipo, a esa casi dulce ingenuidad y de ninguna forma a su incultura e insensatez.

En el arquetipo literario e histórico de Villa y Zapata destaca, como rasgo casi definitorio, su violencia, su reciedumbre, su fiereza, su virilidad. Desde la misma descripción física, en algunos memorables retratos literarios, se percibe el genio y el carácter de estos caudillos. De Villa escribe Azuela: “cabeza de pelo crespo como la de un león”; y Vasconcelos: “fiera que en vez de garras tuviese ametralladoras”. Las descripciones psicológicas dejan ver incluso mejor la fuerza de su carácter, como en las siguientes muy conocidas impresiones de Martín Luis Guzmán: “cuya alma [de Villa] más que de hombre era de jaguar; jaguar en esos momentos domesticado para nuestra obra; jaguar a quien pasábamos la mano acariciadora sobre el lomo, temblando de que nos tirara un zarpazo” (en Beristáin, p. 83).

De Zapata nos dice Taracena (p. 19) que “era afecto a jugar gallos y montar buenos corceles; los jaripeos eran su obsesión y cuando estaba bajo la influencia de bebidas embriagantes, bailaba el zapateado”. Del mismo personaje escribe, algo socarrón, Enrique Krauze:⁴ “Este rancheiro independiente no era borracho —aunque le gustaba el *cognac*—, ni parrandero —aunque le encantaba la feria de San Miguelito cada 29 de septiembre—, ni jugador —aunque no se separaba de su atado de naipes—, pero sí muy enamorado” (p. 41). Más sabrosamente lo dice el siguiente pasaje de un corrido que canta la muerte de Zapata en Chinameca (9 de abril de 1919):

³ *Reflejos de la Revolución mexicana en la novela*, México, 1967.

⁴ *El amor a la tierra. Emiliano Zapata*, México, 1992.

Desde entonces fue elogiado
por su bravura sin par
y el Gobierno lo trataba
con respeto sin igual.

Madero subió al poder
y Zapata se volteó
no quiso de él depender;
contra el Gobierno se alzó

Y desde entonces, siete años,
contra de todos peleó,
lo mismo que contra Huerta
a Carranza combatió

En su bandera llevaba
escritas promesas mil,
ofreció repartir tierra
y hacer rico al infeliz

Pero al fin nada cumplió
de tan notables doctrinas
y su riquísimo Estado
quedó convertido en ruinas.

Él se dedicaba al juego
a los toros y mujeres
y los negocios de Estado
los dejaba a los ujieres.⁵

Lo que me interesa señalar es que, nuevamente, este rasgo de carácter puede verse como defecto repulsivo o como virtud heroica, dependiendo del cronista que nos describa a los caudillos. Hay quien se detiene, cuando quiere ensalzar a su personaje, en sus audacias, en sus actos suicidas, en la entereza con que afrontaron sus derrotas, en la hombría con que resolvieron las innumerables traiciones que sufrieron. A Martín Luis Guzmán, por ejemplo, le parece que a Villa “ninguna vicisitud le vio pequeño: ni el logro venturoso de sus empeños, ni el amargo infortunio de sus fracasos” (Beristáin, p. 85). Son numerosos los corridos revolucionarios que ensalzan la valentía heroica de Zapata, como se verá en el siguiente fragmento del que lleva por título “El espectro de Zapata” (De Maria y Campos, p. 269):

Su fama (triste, por cierto),
las Américas cruzó
y el mundo se sorprendió
al saberse que fue muerto.

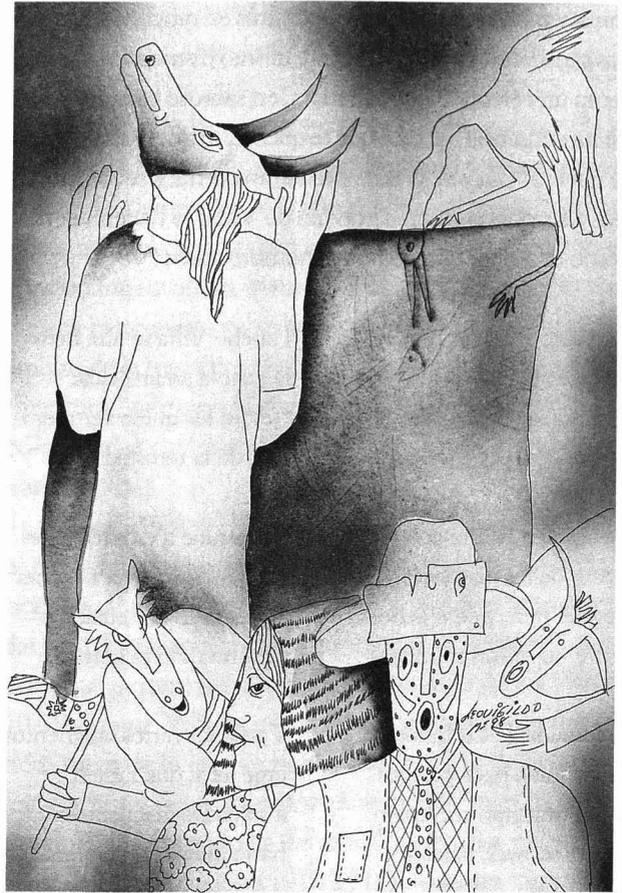
Las ardillas y las tuzas,
las liebres y hasta el tejón;
sus trampas y escaramuzas
eran su mejor lección.

Que lo digan los vecinos
que nunca le alzaban pelos
si conocía los caminos
de todo Cuautla, Morelos.

Los federales quisieron
darle alcance y se cansaron
los maderistas siguieron
y tampoco lo lograron.

Huerta, que era muy entrón,
le pisaba los talones,
pero el otro le enseñó
que tenía muchos... calzones.

Y en fin, el actual gobierno
sin andarse con rodeos
le dio sopa de... fideos
y lo despachó al infierno.



Hay, por otra parte, quien se solaza en los episodios donde se pone en evidencia su agresividad y su odio. John Reed, sea por caso, nos dice que Villa “durante la noche se deslizaba silenciosamente de centinela en centinela, siempre alerta ... si descubría un centinela dormido, lo mataba inmediatamente”.⁶ Zapata, en palabras de J. María Lozano, “era el nuevo Atila, la reaparición atávica de Manuel Lozada, un Espartaco, el libertador del esclavo, el promotor de riquezas para todos. Es todo un peligro social, es sencillamente la aparición del subsuelo que quiere borrar la superficie” (Krauze, *Zapata*, p. 62).

Unos se referirán sólo a las manifestaciones bárbaras de estos personajes: escribe Taracena, citando al general F. López, que “sus generales [de Zapata] se distribuyeron las haciendas para su propio beneficio, poniendo a trabajar a sus muchachos, los soldados, con jornales de un peso papel del que ellos emitían” (p. 17); “entre 1901 y 1909 [es decir: antes de que se incorporara al movimiento revolucionario] Villa cometió —nos recuerda Krauze— cuando menos cuatro homicidios, uno de ellos por la espalda. Participó fehacientemente en diez incendios premeditados,

⁵ De Maria y Campos, p. 262.

⁶ Citado por Enrique Krauze, *Entre el ángel y el fierro*. Francisco Villa, México, 1995, p. 46.

innumerables robos y varios secuestros en ranchos y haciendas ganaderas” (Villa, p. 12). Este mismo historiador nos presenta un célebre dicho zapatista, en sabroso español rural: “si mi consensia me dice que te quebre, te quebro; si no non te quebro” (Zapata, p. 90). No faltan corridos revolucionarios que, por ensalzar la bravura de Villa, lo hacen ver más como una fiera que como un hombre audaz:

Si quiere volar un tren,
lance en el cual es muy ducho,
él mismo calcula bien
dónde poner el cartucho.

Se agazapa con su gente
detrás de los matorrales,
llega el tren, y de repente
entre sus hurras triunfales,

la formidable explosión
la máquina hace pedazos
y hay una gran confusión
de gritos, ayes, balazos,

blasfemias, imprecaciones,
lamentos de agonizantes;
arde el cabuz, los vagones
muestran sus vientres
[humeantes.

Pancho Villa se alza fiero
la pistola amartillada:
“¡Aquí los quero ver mero
jijos de la retostada!”

“¡Bájenme a esos federales
y a quintarlos, por coyones
abajo, tales por cuales,
aquí no rifan pelones!”

Y ante los carros sangrientos
urge feroz que fusilen
a soldados macilentos
hasta que los aniquilen.

Caen uno y otro valiente
bajo los tiros mortales;
y el espanto de la gente
ahoga dolores reales.⁷

También hay corridos —no muchos ciertamente— en los que la imagen de Emiliano Zapata —no sólo la de Villa— se nos aparece como la de un verdadero forajido. Transcribo en seguida unas estrofas del que lleva el título de “La toma de Cuautla por González” (De Maria y Campos, p. 241):

Se huyó el resto de soldados
a refugiarse a las casas
del señor don Juan Narganes,
y de Dámaso Barajas.

Otros llegaron a la estación
metiéndose a los furgones
tratando de escapar su vida
de los malos ofensores.

Allí los encontró el enemigo
que fiero los perseguía,
y los pobres soldados
[lueguito se dieron
y allí terminó su día.

Bañaron de gasolina
los furgones donde estaban
los prendieron sin fijarse
en los gritos que ellos daban.

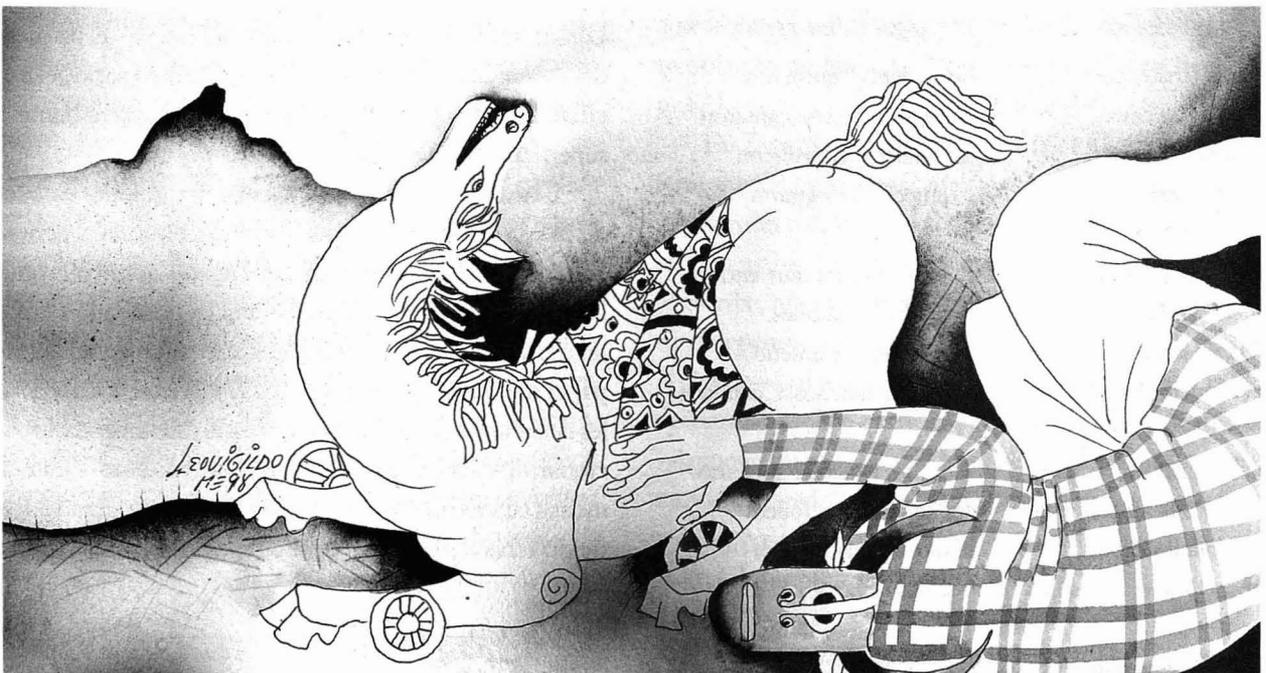
Todos los pobres soldados
convirtiéronse en ceniza
y fueron sus restos tirados
en los campos de Cuauhuistla.

También un pueblo llamado
[Cuahtlixco
en las cercanías de Morelos
pasado el tinaco del ferrocarril
fue el panteón de esos
[guerreros

Abandonaron la plaza
pocos de aquellos soldados
pues que muchos prisioneros
fueron después fusilados.

De esta manera tan triste
entró Zapata a Morelos
saqueando comercios ricos
e incendiando hasta los cerros.

⁷ De Maria y Campos, p. 359.



Otros, por lo contrario, nos harán ver que, en Francisco Villa y en Emiliano Zapata, al lado del feroz guerrillero, convivía también el tierno y apasionado amante de sus mujeres y el dulce defensor de los niños: “pero aquella fiera era también —aclara Krauze— un ser humano sentimental y plañidero, piadoso con el débil, tierno con los niños, alegre, cantador, bailarín, abstemio absoluto, imaginativo, hablantín. Aquella fiera no era siempre una fiera. Era, en el sentido estricto, centauro” (Villa, p. 48).

Anteriormente expliqué que “una de las facetas más personales de su socialismo [de Villa] se manifestaba con los niños: amaba a los propios y a los ajenos, recogía, por centenares, a los desamparados y costeaba su educación” (p. 42). El autor de un corrido (“Zapata y los zapatistas”, De Maria y Campos, p. 251), en dos de sus estrofas intenta limpiar el nombre de Zapata y su imagen de despiadado guerrillero, recordando que, cuando sus tropas entraron a la Ciudad de México, no hubo desmán alguno:

El espartano Zapata fue por muchos calumniado
porque muchos lo juzgaban como hombre depravado,
varios decían que al llegar les causaría graves males,
entrando a la capital se verían barbaridades.

Nada de eso, no fue cierto, lo efectivo se ha de hablar,
éstos entraron correctos, con muchísima igualdad,
dando gracias al pueblo, demostrando su lealtad,
dando fama, honor y mérito a su invicto general.

Abundan los corridos en que se exaltan las virtudes que hacen de Villa un personaje popular, no sólo admirado y temido sino también estimado y respetado, como se evidencia en las siguientes estrofas, tomadas de un corrido sobre “La rendición de Villa” (De Maria y Campos, p. 352):

¡Madre mía Guadalupe,
quién no hincará la rodilla
para darte muchas gracias
por la rendición de Villa!

Tiene un grande corazón
el famoso guerrillero
y todo el Norte lo quiere
y lo cuidan con esmero.

Al pobre lo ha protegido
y a los ancianos también

y quien le pide un auxilio
nunca se vuelve sin él.

No cabe duda, entonces, de que en buena medida la leyenda de Villa y de Zapata se ha venido alimentando, al paso del tiempo, no sólo con el blanco y negro de su carácter mismo, de su propia biografía, sino también con el apasionamiento con que unos alaban y otros vituperan a estos personajes, ya se trate de voces procedentes del ámbito de la historia y el ensayo, ya tengan su origen en la literatura, tanto en la narrativa cuanto en la poesía popular, en los casi siempre deliciosos corridos revolucionarios.

Quiero dedicar el resto del texto a recorrer, brevemente, otro camino que conduce al mismo destino, el estereotipo, en este caso, de Francisco Villa. Me limitaré a recordar sólo dos episodios, muy cercanos en el tiempo uno del otro, que pertenecen a los principios de la época (1915-1920) en que Villa se convierte nuevamente en guerrillero fuera de la ley (ya había vivido como delincuente fugado, antes de su incorporación al movimiento maderista). Habían pasado ya sus grandes victorias militares a favor de la Revolución (1910-1915) —contra Victoriano Huerta, sobre todo— y estaba padeciendo sus más grandes derrotas ante los carrancistas (1915-1916). Ahora bien, ante episodios absolutamente históricos, de ninguna manera legendarios, en los que se manifiesta con evidencia la fiereza, la crueldad y —puede decirse— el odio de las menguadas tropas villistas, los escritores y los poetas del pueblo (y también los historiadores) adoptan alguna de las siguientes tres actitudes: los censuran, los justifican o simplemente los pasan por alto. Contribuyen de esa manera a convertir esos hechos en sucesos polémicos, fortaleciendo el estereotipo del personaje legendario.

Desde fines del año 1915, la violencia de los villistas era aún más sangrienta que antes. Sus recientes derrotas ante Álvaro Obregón tenían a su líder particularmente amargado. En los dos pasajes a los que me referiré en seguida están involucrados los Estados Unidos, país al que Villa llegó a tener verdadero odio, sobre todo porque se sintió traicionado cuando, esperando que lo reconocerían como interlocutor político importante, lo humillaron haciéndolo a un lado y negociando con Carranza. Villa se vengó de muchas formas. Una de ellas tuvo lugar el 20 de enero de 1916, cuando, cerca del poblado llamado Santa Isabel, en el estado de Chihuahua, una partida villista detuvo un tren en el que viajaba un grupo de funcionarios y empleados

de una importante compañía minera norteamericana. Se dirigió a reabrir las minas de Cusiuhuiáchic. Los villistas, al mando del general Pablo López, sin mayores averiguaciones, bajaron del tren e inmediatamente fusilaron a dieciocho norteamericanos, que no eran militares sino civiles y, sobre todo, inocentes e indefensos. Ni siquiera los apolo-gistas de Villa pueden justificar esta ignominia. Se limitan simplemente a no hablar del asunto, a pasarlo por alto. Por lo contrario, resulta muy fácil encontrar textos franca-mente críticos. Vayan como ejemplo unas líneas de Fernando Medina Ruiz:⁸

Paró el tren y en ese mismo momento, como por mágica invocación, brotaron de todas partes, de entre las breñas y los matorrales, centenares de villistas. Fue lanzado al aire el para entonces ya espeluznante grito de ¡viva Villa! ... Ya que Villa se cansó de pasear frente a los *gringos* formados, de verter sobre ellos su baba y de insultar y amenazar feroz-mente a quienes nada sabían de la política exterior de sus gobernantes ... se alzó el sombrero y se rascó la cabeza como buscando una salida airosa ... irritado más que nunca por-que sus voces altisonantes y fieras no encontraron eco, se dispuso a terminar de una vez con aquello ... bajó el brazo con significativo ademán. Sin más, los *Dorados* que esta-ban tras él se echaron las carabinas al hombro y asesina-ron en masa a los norteamericanos, que cayeron quizá sin haber comprendido ni siquiera en el último momento la razón de la ira del *Centauro*. (pp. 73 y 74.)

La otra venganza de Pancho Villa contra los nor-teamericanos es más conocida. Algunas semanas después del suceso de Santa Isabel, el 9 de marzo del mismo año (1916), Villa, al frente de unos trescientos hombres, cruza la frontera y, a las cuatro de la mañana, al grito de ¡viva Villa!, ¡viva México!, ataca ferozmente el pueblo de Co-lumbus, del estado norteamericano de Nuevo México. In-cendiaron dos manzanas completas. Saquearon la pobla-ción, llevándose caballos, equipo militar y botín. Resultaron muertos siete ciudadanos norteamericanos civiles y siete soldados, además de muchos heridos. Las bajas villistas fueron mayores, pues se calcularon en unos ciento sesen-ta y siete hombres. Éstos fueron, en resumidas cuentas, los hechos.

Sin aludir aún a textos literarios propiamente di-chos, ya en algunos de carácter histórico pero escritos en

tono de ensayo y no sólo de narración escueta de los su-cesos, podemos encontrar, por una parte, autores que cri-tican esta incursión —verdaderamente extravagante, si se me permite la expresión— y, por otra, ensayistas que, así sea veladamente, la justifican. Enrique Krauze (*Villa*, pp. 91 y 92) hace, en relación con el ataque a Columbus, el si-guiente breve comentario, que transcribo:

Mil y una leyendas e interpretaciones corren sobre el asal-to de Villa a la población norteamericana de Columbus. Hay quien la atribuye a maquinaciones alemanas para en-frentar a México con los Estados Unidos. En opinión de Friedrich Katz, Villa lanza su ataque porque cree descubrir, fehacientemente, que Carranza convertiría a México en un protectorado yanqui. Todo es posible tratándose de Villa, pero atribuirle una racionalidad de *realpolitik* internacional es ir quizá demasiado lejos. No. Bajo cualquier pretexto, Villa ataca Columbus movido por una pasión humana, demasia-do humana: la venganza. Antes de atacar Agua Prieta, a fi-nes de octubre de 1915, había declarado a un reportero americano: “Los Estados Unidos reconocieron a Carranza ... pagándome de esta manera la protección que les garan-ticé a sus ciudadanos ... he concluido con los Estados Uni-dos y los americanos ... pero, por vida de Dios, no puedo creerlo.” Al saberse perdido vuelve a ser, como antes de la Revolución, una fiera; pero, sin esperanza y con rencor, una fiera traicionada.

Otro espléndido ensayista —y, sobre todo, narrador— también destacadamente imparcial, Mauricio Magdale-no,⁹ se refiere muy críticamente no sólo al ataque a Co-lumbus, sino también a los asesinatos de Santa Isabel:

Bestialidades como la de Santa Isabel (10 de enero de 1916) rebajan a nivel precario cualquier causa, la más cues-tionable inclusive. El asalto a un convoy de pasajeros y la matanza de quince mineros norteamericanos data un baldón imborrable. La atrocidad de Columbus, acaci-da dos meses después, es otra definitiva afrenta del cau-dillo.

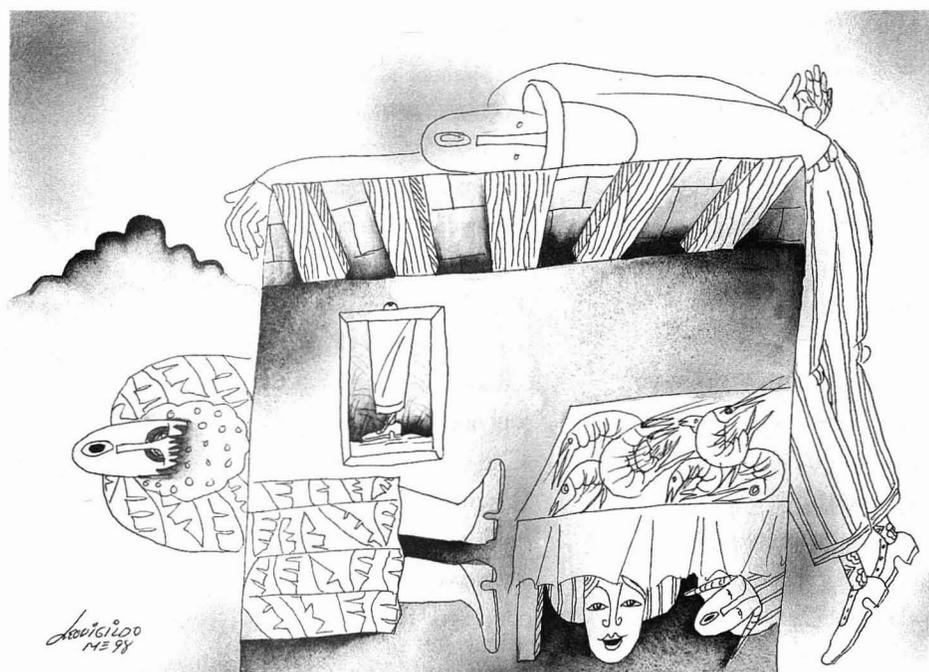
Sin embargo, pueden también hallarse textos ensa-yísticos en que, sin llegar al extremo de ensalzar estas atro-cidades, sí se les busca, no sin cierta dificultad, alguna justificación. Helena Beristáin, sea por caso, cuando co-

⁸ Francisco Villa. *Cuando el rencor estalla...*, México, 1960.

⁹ *Instantes de la Revolución*, México, 1981, p. 218.

menta algunos pasajes del narrador Muñoz, y apoyándose en la postura de éste, escribe lo siguiente:

Rafael F. Muñoz esclarece y justifica jornadas como la del asalto a Columbus, que políticamente fue un acto ingenuo y comprometedor para México, aunque escandaloso sólo por su audacia, equiparable a la de un gatito que se atreviera a tirarle un zarpazo a un león ... pero también es verdad que sirvió para que toda Latinoamérica comprobara que existe un gran acervo de brío y de coraje, que tendrá que utilizarse, tal vez como única arma, para rescatar a muchos pueblos famélicos de la ignominia del vasallaje. No estoy elogiando aquí, ni justifica Muñoz en su novela, la irres-



ponsabilidad y la ignorancia de Villa, sino el arresto viril que constituyó una enseñanza y que contrasta con la sumisión no menos irresponsable de muchos gobiernos que admiten la intromisión de poderosas naciones en los asuntos internos de sus pueblos.

En el texto anterior no aparecen, como en los dos primeros —de Krauze y de Magdalena— adjetivos del tipo de *irracional, vengativo, feroz, bestial*... El más *ofensivo*, en el párrafo de Beristáin, podría ser, si acaso, *ingenuo*. Por lo contrario, encontramos otras calificaciones francamente laudatorias, como *brioso, corajudo y viril*. En ese pasaje, increíblemente, el atentado de Villa acaba por constituirse, en la parte final de la cita, en una *enseñanza* para los gobiernos.

Ahora bien, lo que me interesa destacar es que en la literatura es mucho más frecuente que en el ensayo justificar y, si no precisamente alabar este insensato atentado de las tropas villistas, sí al menos ponerlo en una atmósfera de heroísmo, de valentía, de nobles intenciones, que desdibuja las verdaderas motivaciones o, si se quiere, el sinsentido del ataque. La audacia sustituye a la imprudencia. El arrojo elimina la insensatez. Es interesante señalar que, aun en las opiniones críticas de los ensayistas y de los historiadores, no se pone énfasis en algo bastante obvio: el fracaso de la incursión. Considérese simplemente que, según los fríos números de la historia, murieron sólo catorce norteamericanos y nada menos que ciento sesenta y

siete villistas. Es difícil poder considerar esto como un golpe de audacia y no, simplemente, como una insensatez. Sin embargo, cuando leemos el capítulo denominado "El gran suceso", en la, por otra parte, excelente novela de Rafael F. Muñoz *¡Vámonos con Pancho Villa!* (México, 1979), se queda uno con la impresión de que, en efecto, el ataque a Columbus fue un glorioso, casi pintoresco episodio, plétórico de heroísmo y audacia, en la vida de Francisco Villa. En el siguiente capítulo de esa misma novela, se narra la escapatoria de las tropas de Villa, después del asalto, y se describe el gran ánimo y

optimismo que privaba entre los villistas. Ese capítulo tiene, también, un título sintomático de lo que estoy explicando: "Satisfechos". Vale la pena transcribir unos fragmentos, espigados de esos dos capítulos (pp. 93-112):

Como se precipitan las aguas por un terreno inclinado y pedregoso, cuando se rompe la presa que las había contenido, y van mugiendo y atropellándose para aplastar los arbolillos que habían crecido en el antiguo cauce, y las casas construidas a la orilla, y los ganados, y los hombres, para no mostrar sino una superficie espumosa de olas inquietas, así se precipitó sobre la población [Columbus] un caudal de hombres, al detonar el disparo que esperaban para desbordarse ... A cada minuto surgía un nuevo incendio: después del hotel fue la botica, donde fue sorpren-

dido, dormitando vestido y dispuesto a despachar una receta, "C. C. Miller, *druggist*". En las casas de adobe, que no podían arder fácilmente, los villistas rompían las ventanas a culatazos, y una vez abierto un boquete, disparaban al interior. Cada uno quería lograr su ración: "diez por uno" ... No escuchaban más tiros que los suyos, ni más carreras que las de sus caballos. Era porque, dentro del fuerte, los soldados americanos, sorprendidos, apenas se estaban preparando para luchar. Debe haber sido un momento de cruel incertidumbre para el viejo coronel Slocum, veterano de la campaña en Cuba ... Era un hombre valiente, y como quiera que fuera, no dejaba de ser un honor batirse cuerpo a cuerpo contra Pancho Villa ... No fue un combate: fueron quinientos duelos. Cada villista se batió con un enemigo... o con varios ... el hijo [de Tiburcio, soldado villista] se había quedado de bruces sobre el arma: sus brazos flácidos colgaban a los lados del tripié de acero, y su rota cabeza manchaba de sangre la cinta de los cartuchos. —¿También tú me salvas? Si yo hubiera estado ahí... [dijo Villa] No se atrevió a moverlo. Tender el cadáver en el suelo, como cualquier otro, era restarle la belleza de la muerte. Prefirió dejarlo ahí, sobre la ametralladora, para que lo vieran los enemigos. Era un monumento ... [Después del asalto, de regreso a México] Villa volvió a ser en aquellos instantes el poderoso dominador de hombres, cautivador de multitudes, que se reveló en los primeros combates del año [19]13 y llegó a la cúspide de su esplendor en las sangrientas jornadas de Torreón, de San Pedro de las Colonias, de Zacatecas, en las que los constitucionalistas iban al sacrificio con la sangre hirviendo y las gargantas vibrantes en un alarido uniforme que era, al mismo tiempo, loco entusiasmo por su causa y ferviente homenaje al jefe invencible ... Mil voces partían de la triunfante cabalgata. Los hombres se referían unos a otros el hecho que todos habían presenciado, se alababan, se embriagaban con el recuerdo imborrable de aquellas tres horas en que tuvieron bajo sus plantas el orgullo de una nación antes inviolada y por siempre considerada como inviolable.

Cualquiera puede notar el tono épico de las líneas anteriores. Producen la impresión de que este suceso heroico fue coronado por el éxito ("la triunfante cabalgata", dice por ahí). Villa, según esta narración novelada, volvió a ser admirado y respetado. El ataque estuvo, según esto, plagado de escenas desgarradoramente audaces, viriles, como el niño muerto sobre la ametralladora que había tomado

para sustituir al padre herido. En el relato de Muñoz no hay bestialidad alguna ni tampoco insensatez en el ataque a Columbus. Hay, eso sí, heroísmo, hombría, sangre encendida por un fuego verdaderamente patriótico, recuperación de la dignidad nacional. Ninguna mención a la tremenda diferencia de muertos en ambos bandos. La literatura a favor de la construcción del estereotipo, a contrapelo del dato histórico.

También se escribieron corridos con el tema de la imposible cacería de Villa por las fuerzas norteamericanas, después del ataque a Columbus, es decir por la llamada Expedición punitiva. El ingenuo humorismo de algunas estrofas del que precisamente se llama "La persecución de Villa" es admirable. Transcribo sólo una parte (De Maria y Campos, pp. 344-346):

En nuestra patria, México querido,
gobernando Carranza en el país,
pasaron doce mil americanos
queriendo a Villa castigar por un desliz.

¡Ay! Carranza les dice afanoso
si son valientes y lo quieren perseguir,
concedido, les doy el permiso
para que así se enseñen a morir.

Organizaron tras él persecuciones
sin llegarle jamás a divisar
y regresaban muy tristes y abatidos
por no poder a Villa castigar.

Los soldados que vinieron desde Texas
los pobrecitos comenzaron a temblar
muy fatigados de ocho horas de camino
los pobrecitos se querían ya regresar.

.

Pancho Villa ya no anda a caballo
y su gente tampoco andará,
Pancho Villa es dueño de aeroplanos
y los alquila con gran comodidad.

Cuando creyeron que Villa estaba muerto
todos gritaban con gusto y con afán:
ahora sí, queridos compañeros,
vamos a Texas cubiertos de honor.

Mas no sabían que Villa está vivo
y con él nunca habían de poder,
hay [sic] si quieren hacerle una visita
en Parral, lo pueden ir a ver.

Comenzaron a echar expediciones
Pancho Villa también se transformó;
se vistió de soldado americano
toda su gente también se transformó.

Mas cuando vieron que flotaba
la bandera que Villa les pintó
se equivocaron también los pilotos
se bajaron y prisioneros los cogió.

Pancho Villa les dice en su mensaje
que en Carrizal seiscientos les mató,
que agradezcan a don Venustiano
los prisioneros él fue quien los salvó.

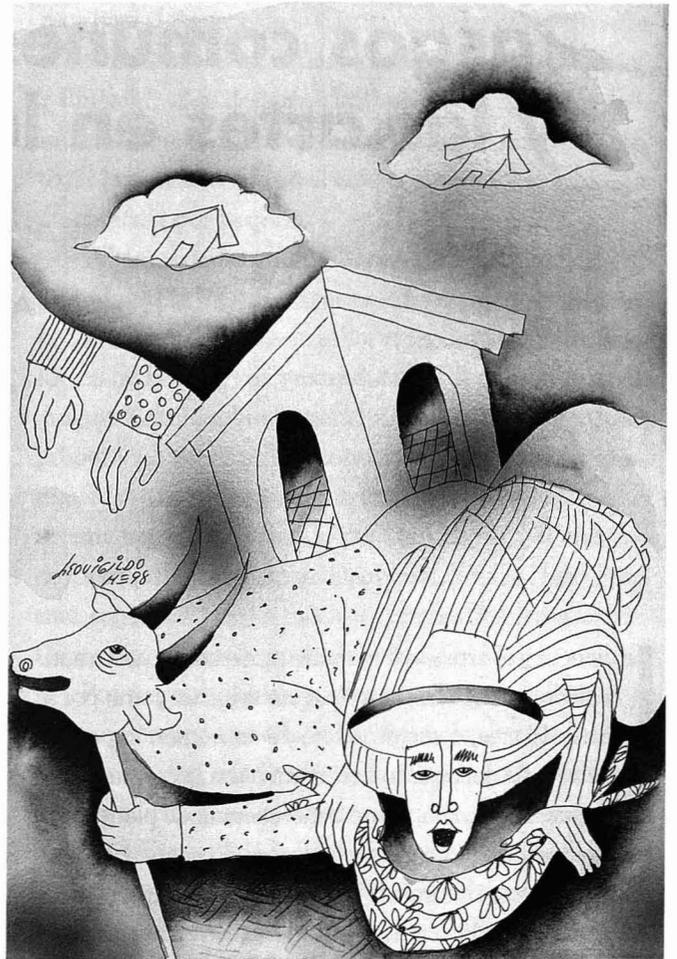
.....

Toda la gente allá en Ciudad Juárez,
toda la gente asombrada se quedó
de ver tanto soldado americano
que Pancho Villa en los postes colgó.

Qué pensarían estos americanos
que combatir era un baile de carquís,
con su cara llena de vergüenza
regresaron otra vez a su país.

En este delicioso corrido, el héroe popular, incólume a cualquier crítica por el ataque a Columbus, se dedica a burlarse de los norteamericanos, que lo perseguían por ese simple *desliz*. Lo ensalza incluso su peor enemigo, Carranza, pues autoriza que los extranjeros, persiguiéndolo, comiencen a temblar y se enseñen a morir. Villa, con sus aviones y sus artimañas —como la de disfrazarse él y su tropa con uniformes de los americanos—, humilla a las tropas de los Estados Unidos y las hace regresar, fracasadas, a su país. La anónima literatura popular perfecciona el arquetipo.

Resumo y termino. Tanto la historia cuanto la literatura nos presentan a Villa y a Zapata como personajes arrebatados, polémicos, de luces y sombras. Hay textos de carácter histórico —no muchos, hay que reconocer-



lo— que, con una buena dosis de objetividad, explican las grandes virtudes y, asimismo, los enormes vicios de estos dos famosos revolucionarios, con un equilibrio que debe agradecerse. Hay asimismo ensayos supuestamente históricos o de contenido político —destacadamente las versiones *oficialistas* y las que podrían denominarse *de derecha*— en los que se pone énfasis en las zonas oscuras de estos revolucionarios, pasando por alto o concediendo una mínima importancia a los por otra parte innegables aspectos positivos. Finalmente, en el arquetipo que de Zapata y Villa nos ofrece la literatura, en particular la narrativa —Martín Luis Guzmán y Rafael F. Muñoz, por mencionar sólo dos excelentes novelistas que escribieron magníficos relatos cuyo principal personaje era Villa— y la lírica popular —que dedicó muchos deliciosos corridos tanto a Villa como a Zapata— predominan, muy por encima de los rasgos negativos —imprudencia, barbarie, odio, venganza, deslealtad, bajas pasiones—, casi ausentes en sus textos, los positivos, en particular los que tienen que ver tanto con su heroísmo y valentía cuanto con su constante preocupación por los desposeídos. ◆